

Desde la Mansedumbre

1. Motivación:

Acabamos de celebrar el gozo de la Pascua, aún estamos con el calor y el fervor que nos da el sabernos salvadas por Jesús, el Siervo de Dios que entregó su vida hasta el perfecto holocausto para redimir el género humano y para mostrarnos que la última palabra no la tiene ni el dolor, ni el sufrimiento, ni la muerte, sino la **Vida**.

2. **Oración:** *podemos comenzar nuestra jornada de retiro, leyendo de forma pausada y meditada, el texto de **Filipenses 2, 5-11** y hacer eco de cada una de las palabras que nos revelan a Jesús como el Hijo amado del Padre, quien entregó su vida para redimirnos del pecado y de los lazos de la muerte eterna.*

3. **Reflexión sobre algunos textos que nos hablan de la mansedumbre de Jesús, el Siervo y el Manso.**

JESÚS, EL SIERVO

He aquí a mi Siervo a quien sostengo, mi elegido en quien se complace mi alma.

He puesto mi espíritu sobre él. No vociferará ni alzará el tono, no hará oír su voz en las plazas.

La caña partida no la quebrará, y la mecha mortecina no la apagará.

*Lealmente hará justicia, no desmayará ni se quebrará, hasta implantar el derecho y la justicia en la tierra. **Is.42,1-4.***

Este texto del profeta Isaías nos muestra algunas características propias del comportamiento de un ser manso. *No vociferar, no hacerse oír, no partir la caña quebrada, ni apagar la luz que se extingue*, que quiere decir, no imponerse, no aprovecharse de las situaciones de poder frente a los más débiles, no ejercer violencia con los privilegios que el poder otorga. El Siervo es presentado como el manso que pudiendo levantarse, rebelarse, y tomar justicia por su propia mano, acepta hacerse uno de tantos, padecer y sufrir como hombre, siendo Dios, aceptando la voluntad del Padre que le envió a redimir al género humano.

Sabemos, pues, que en los cuatro cantos del Siervo, Isaías se refiere a Jesús, el Hijo de Dios. Estos textos nos revelan características muy concretas de un ser humano con un dominio extraordinario de sí mismo. Un hombre que enfrenta los ultrajes, las infamias, la calumnia con una entereza y una serenidad admirables, asumiendo las consecuencias de su entrega voluntaria a la misión de proclamar y anunciar la buena nueva del Reino de Dios y su justicia.

Esta actitud pacífica, serena y confiada, solo puede provenir de una relación entrañable con Dios y la confianza plena en sus designios. Algunas frases de la Palabra en este sentido nos lo demuestran:

Is 53, 7: Fue oprimido, se humilló y no abrió la boca. Como cordero al degüello, era llevado y como oveja que ante los que la trasquilan, esta muda, tampoco abrió la boca.

En la vida pública de Jesús encontramos otros textos que nos siguen hablando en la misma clave, la **mansedumbre** encarnada en gestos y palabras concretas, tanto en la relación con sus discípulos, como en el contacto con el pueblo de Dios que encontraba por el camino, quienes le seguían como *ovejas sin pastor*.

¿Y nosotras?

Dedicamos unos momentos para revisar nuestra vida, nuestras actitudes. Podemos preguntarnos.

- ¿Qué hay en nosotras del Siervo de Dios? Recordemos que las Constituciones nos definen como *mujeres con una fuerte experiencia de Dios, que impulsan toda su vida hasta tener a Cristo como valor absoluto de su existencia*. C.8
- ¿Que hemos aprendido a lo largo de nuestra vida de la manera como Jesús, el Siervo de Dios, asumía las incomprendiones, el dolor, la desolación, la impotencia, la muerte?
- Humanamente, ¿qué es lo que más nos cuesta asumir del modo de Jesús el Siervo, en nuestras relaciones con nosotras mismas, con los otros, con la realidad que nos rodea? Pidámosle con toda confianza que nos siga enseñando su “modo de mirar, de amar, de atraer, de perdonar.

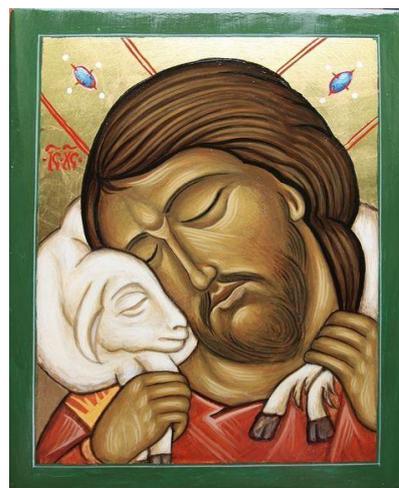
JESÚS, EL MANSO

Jn 8, 3-11: Es el texto de la mujer adúltera la cual es llevada por los fariseos ante Jesús. La pregunta maliciosa que le hacen es si deben apedrearla o no. Ya sabemos que era una trampa para *provocarlo* y tener de qué *acusarlo*.

Jesús aquí muestra un dominio absoluto sobre la situación y sobre sí mismo ante la mala intención que descubre en ellos. Él conoce bien la ley, pero conoce también el corazón del hombre. Sabe que la intención de ellos no es tanto cumplir con la ley, tampoco les interesa la vida de la mujer. Lo que quieren es tener motivos para acusarle y condenarle. Sin embargo, Jesús no gasta tiempo en reproches, ni en explicaciones, no discute, no se altera, ni siquiera defiende verbalmente a la mujer. Él sabe lo que hace, se inclina y escribe pacientemente

en la arena y ante la insistencia, les lanza un desafío. Les “autoriza” apedrear a la mujer, más solo bajo una condición, que empiece, quien esté libre de pecado. Magnífica manera de resolver un problema que pone en juego los parámetros morales con los cuales no demoramos en condenar a los otros. La mansedumbre de Jesús en este texto la descubrimos en su reacción pacífica y serena frente a quienes sabe muy bien que lo que quieren es tentarle, provocarle, condenarle.

Lo que podemos aprender de Jesús en este texto es una manera más digna de reaccionar frente a la provocación que nos puede venir de varios lados, de personas concretas, de instituciones, de la misma sociedad en la que vivimos etc. Y no solo eso, incluso podemos aprender de manera serena, a descubrir y enfrentar algunas pequeñas trampas, que pueden llevar consigo las actitudes de provocación, que sutilmente nos envuelven y que desafortunadamente, muchas veces no conseguimos descifrar a tiempo.



- **Nuestras reacciones cuando vivimos situaciones semejantes a las de Jesús, el manso, ¿cómo suelen ser?** Buena pregunta si queremos profundizar en nuestro proceso de configuración con el Señor de nuestra vida.

Lc 9, 51-56: es otro pasaje del evangelio donde vemos como Jesús, no solo es un hombre manso, sino que también exige de sus discípulos un comportamiento pacífico. Se trata de aquel día en el que los discípulos, viendo que nadie quería recibirlos, se sienten tentados a usar el poder que tienen y le preguntan: *¿Quieres que mandemos bajar fuego del cielo para que los consuma?* Y Jesús volviéndose les *reprende*.

Jesús sabe que la violencia engendra violencia y les hace entender a sus discípulos, que ese no es el camino. El poder que les ha dado no es para que lo usen castigando y haciendo mal a los otros. *Les dio autoridad y poder sobre los demonios, y para curar las enfermedades.*

- **Y nosotras, ¿qué hacemos con el poder que hemos recibido** y que nos viene dado, no solo por los cargos que hemos ocupado o que ocupamos, sino sobre todo por el estilo de vida por el que hemos optado?
- ¿Lo usamos para servir, para hacer más y mejor el bien, para ejercer el derecho y la justicia? Recordemos que nosotras somos discípulas y también hemos recibido poder de Jesús *sobre los demonios, y para curar las enfermedades.* Aunque nos parezca imposible.

Jn 18, 20-23: Es otro texto que impacta por la mansedumbre de Jesús. Se trata de aquel texto narrado en la pasión, cuando el sumo sacerdote lo interrogó acerca de sus discípulos y de su doctrina. Dijo Jesús, ¿porque me interrogas? Pregúntale a los que me oyeron, ellos saben de lo que les hablé. A estas palabras uno de los guardias le dio una bofetada diciéndole: *¿así respondes al sumo sacerdote?* Jesús le responde: *Si he fallado, muéstrame en qué he fallado, si no, ¿porque me pegas?*

Manso no es aquel que se somete ciegamente a las vejaciones, sin protestar, sin cuestionar, pues no se trata de aguantar los males que nos suceden, con esa temerosa pasividad que raya más con



una cierta dosis de masoquismo insano. Es manso quien enfrenta con valentía y paciencia los males que le suceden, como una consecuencia del desorden social existente, la mayoría de las veces producto de la fragilidad humana, de las pasiones desordenadas que generan maldad, egoísmo, violencia muerte.

Manso es quien, como Jesús, asume las consecuencias de sus opciones de vida, sin dejarse intimidar ni paralizar por el miedo. Por eso es capaz

de mirar de frente al agresor y preguntarle ¿Por qué me agredes? ¿Por qué me persigues?

Ahora bien. ¿Qué tendríamos que decir entonces del texto: **Mc 11, 15-18** donde nos encontramos con Jesús, lleno de ira que expulsa a los vendedores del templo? Aparentemente Jesús en este texto es un hombre violento y fuera de sí. No obstante, no es necesario cambiar de perspectiva. Jesús es un hombre manso, lo que no quiere decir indolente, pasivo o indiferente. Jesús es un hombre firme, incapaz de contemporizar con el mal, se indigna y pone orden en la casa de su Padre, que es el lugar sagrado de encuentro entre Dios el hombre. La mansedumbre no tiene nada

que ver con la represión, ni con la insensibilidad, la mansedumbre es el total dominio de los instintos y pasiones que intentan tomar cuenta de nosotros, pero no nos vuelve incapaces, temerosos, ni cobardes. En este episodio, Jesús reacciona con fuerza y decisión ante el imperio del mal, que ha invadido un espacio sagrado y ha convertido la casa de su Padre en un mercado.

Manso es quien actúa con firmeza y con verdad cuando se trata de restablecer la justicia y el derecho pero sin perder la paz, sin prepotencia, *sin partir la caña quebrada, sin apagar la mecha frágil como dice el texto del siervo*. Manso es quien tiene control sobre sí mismo y camina siempre en busca de la armonía y del equilibrio de las emociones. Manso es aquel ser humano que aprende a reaccionar dominando las pasiones más primitivas que nos llevan siempre por el camino errado, el del “ojo por ojo y diente por diente”.

4. Momento de compartir comunitario.

Aquí se sugiere que compartamos libremente el eco del retiro de hoy, ¿cómo nos hemos sentido con el tema propuesto, cómo nos ha ayudado la reflexión de los textos propuestos u otros que hayamos recordado y usado?

Se sugiere también que centremos nuestra mirada comunitaria en nuestras Madres Fundadoras y juntas intentemos responder a la siguiente pregunta:

¿Que nos dicen al respecto nuestras dos Teresas? Sin necesidad de ir a buscar los textos escritos, se puede hacer acudiendo a nuestra memoria colectiva y recordamos los distintos episodios de la vida de nuestras Madres en las que se ve claramente su actitud de *mansedumbre*.

Podemos hacerlo mediante una conversación sencilla, sin prisas, y veremos cómo al final, llegaremos a la conclusión de que ellas, al estilo del su Maestro, también fueron siervas sufrientes y mujeres mansas y humildes de corazón.

5. Terminar con un canto a la Virgen Sierva de Dios, la mujer que decidió decir SÍ asumiendo todas las consecuencias. La Madre a quien “*una espada de dolor le traspasaría el alma, la mansa y humilde de corazón que supo guardar todas las cosas en el corazón*”.

